

La historiografía griega en el siglo IV

por JUAN ALBERICH y ÁNGELA CARRAMIÑANA

El contexto histórico-social de Grecia en el siglo IV permitió que la prosa alcanzara su zenit. En este siglo pletórico de acontecimientos de trascendental importancia se operó el cambio del antiguo régimen clásico por otro más universal. La gestación duró más de medio siglo con el consiguiente clima de desorientación e incertidumbre política, ya que los valores genuinos de la polis se veían amenazados por una crisis acuciante. Por eso ahora más que nunca la teoría política es una actividad propia de todo aquel que es consciente del proceso histórico. No sólo historiadores sino también filósofos y oradores aportan sus energías ante un futuro con perspectivas un tanto confusas. La trayectoria político-histórica del siglo IV se hallaba dificultada por la creencia en la santidad y autosuficiencia de la polis. Si en el siglo V Atenas fracasó al intentar ejercer su hegemonía sobre el Egeo, fue debido a que tanto ella como sus aliados estaban frenados por el monolítico autogobierno de la ciudad-estado que impedía una ciudadanía común. Esparta se erigió en campeona de la autonomía, pero no desdeñó el imperio. Ya estaba en el ambiente una solución viable como las federaciones beocia, calcídica, egea, etc., pero sólo fueron parciales. Gracias a una confederación nominal helénica cristalizó la supremacía macedónica en el congreso celebrado en Corinto. Con esta fórmula Filipo logró ser general plenipotenciario contra Persia. Contra la barrera que significaba el vigor de la ciudad-estado lucharon consciente a inconscientemente gran número de pensadores. Un sentimiento unitario lo expresó Isócrates en su *Panegírico* al proclamar que el mundo griego había de encontrar la unidad menos en la sangre que en la educación y en una común manera de pensar. Un régimen monárquico también atraía a muchos. Ante el confusionismo reinante era preciso hallar una personalidad que convertida en ídolo dirigiera la historia: Jenofonte idealiza a Ciro, Platón se siente tentado por los tiranos o reyes educados por la filosofía, e incluso Demóstenes, apóstol de la autonomía cívica, más de una vez se sintió seducido por la superioridad de un monarca y por la energía en la ejecución de sus planes. El prejuicio antipersa había cuajado en todo el mundo griego, algo así como una idea de Cruzada. Un nuevo Agamenón que se lanzara de nuevo al mar y cruzara el Egeo sería visto con buenos ojos por todos. Ante tales ideales y sentimientos, seguramente la Atenas del siglo IV no era aún cosmopolita, pero sí más helénica y menos Atenas que en los días de Pericles. La primera mitad del siglo IV era una época propicia para profetas y críticos de la ciudad-estado. En realidad, la crítica de la polis deriva directa o indirectamente de la tradición socrática: Platón, Jenofonte, Aristóteles, etc. Algo común hay en ellos, y es que pretendían perfeccionar los miembros que integraban la sociedad y educar a los

estadistas en la virtud. La historiografía de esta época no pudo escapar de la teoría política tan favorecida por las circunstancias. A grandes rasgos podemos distinguir dos frentes: política filosófica y política retórica. La historiografía heredó de la primera un tono moralizante. Además hay que notar que en Grecia la teoría político-filosófica se concibió como una ciencia práctica y la prontitud en hacerse realidad es su nota peculiar. Recuérdese, si no, con qué rapidez Platón intenta llevar a la acción la *República* en Siracusa.

De la teoría político-retórica, la historiografía tomó las artificiosidades de la elocuencia para olvidar el rigor de la observación y de la investigación científica. Si Tucídides y Heródoto rindieron su tributo a la retórica, no es de extrañar que los posteriores historiadores se dejaran fácilmente encandilar ante la técnica gorgiano-isocrática. El público se lo exigía y hay que tener en cuenta que ésta es la época floreciente de los oradores. En cierto modo, las ciudades griegas estaban gobernadas por la oratoria y, por ello, enseñar los secretos de la oratoria era como enseñar los secretos de gobernar. Los sofistas ya veían en la oratoria la guía de la vida, la llave para resolver los problemas.

Un historiador rezagado que continúa la tradición de la logografía jonia es Ctesias de Cnido, que entre el 415 y 398 fue médico en la corte real persa. A la vuelta a su patria se dedicó a escribir una obra sobre la historia de Persia, Asiria e India. A juzgar por los fragmentos que se han conservado, podemos comparar su personalidad con la de Heródoto. Su obra más bien debía ser una amena lectura que historia propiamente dicha ya que no está ausente la teatralidad de lo maravilloso y lo fantástico. Esta tendencia de dotar a la historiografía de elementos capaces de hacer participar sentimentalmente al lector en la emoción de las fabulosas empresas, como si se tratara de una obra dramática, la explotarán en el siglo siguiente Duris y Filarco. Ctesias gozó pronto de un gran prestigio, ya que era considerado como el historiador de Oriente por excelencia. Ya lo debieron leer Isócrates y Platón, y seguramente se sintió enormemente interesado Aristóteles por las noticias zoológicas procedentes de la India. Jenofonte le cita en la *Anábasis* (I, 8, 26) por ser él quien atendió a Artajerjes después de la batalla de Cunaxa. La suposición de Reuss¹ y Neuhaus² de que Jenofonte haya usado la obra de Ctesias en la introducción de la *Anábasis* es muy verosímil, aunque no hay que suponer que cada λέγεται signifique que sigue un fragmento de Ctesias. Focio debió conocer por lo menos los libros a partir del séptimo en adelante, como asegura Jacoby,³ en los que se describía Persia. De los primeros debió conocer un epítome hecho por Panfilia en tiempos de Nerón. Ello prueba la importancia que le dio la Antigüedad ávida de novedades y de θαυμάσια. Recientemente nos ha sido restituido un fragmento de las *Persiká*⁴ que nos lo asegura una cita de Demetrio (*De eloc.* 212). Pero lo que más ha sorprendido es que Ctesias usara el dialecto ático.

Al comparar la historiografía del siglo v con la del siglo iv echamos de menos el alto nivel alcanzado por Tucídides. Es como si el destino de la historiografía y la gloria de Atenas hubieran recorrido un camino paralelo. Atenas, tras el fracaso en Egospótamos, siguió una vida lánguida, salvo en esporádicos momentos. Solamente podía soñar en un pasado glorioso. Algo semejante le ocurrió

1. *Krit. und Exeg. Bemerkungen zu Xen. Anabasis*. Wetzlar, 1887.

2. *Rh. Mus.* LVI, p. 279.

3. *R. E.*, XI, 2, p. 2066.

4. *The Oxyrrhynchus Papyri*, part. XXII, ed. with transl. and notes by E. Lobel and C. H. Roberts, London, 1954. Cf. reseña K. Latte, *Gnomon*, 1957, p. 497.

a la historiografía. En vano encontraremos una mentalidad como la de Tucídides, que apasionado por la verdad libre de prejuicios supo conjugar la fría narrativa con el vigor y la vivacidad de la elocuencia. Es más, fue en los discursos donde Tucídides sacó mejor partido. Gracias a sus severos análisis de la realidad comprendió cuáles eran los finos resortes que mueven el curso de la historia. Sus debates son un fiel espejo de las hondas conmociones psicológicas derivadas de los sucesos trascendentales. Su mérito consistió en no infravalorar ni en sobreestimar los acontecimientos. Una imparcialidad tal, una mente capaz de interpretar los hechos y observar posteriores implicaciones, Grecia ya no la poseerá jamás, salvo en buena medida Polibio. El rango científico que con Tucídides alcanzó la historiografía no puede compararse con el de los historiadores del siglo IV ni entre aquellos que se propusieron continuar su obra inconclusa. Era preciso estar pertrechado de innatas cualidades críticas y saber hacer un mesurado uso de los recursos que la retórica puede ofrecer.

Desafortunadamente la obra de los continuadores de Tucídides se ha perdido en su mayor parte; lo que nos queda, está muy lejos de ser un κτήμα ἐς αἰεὶ por más que los hechos sean sumamente interesantes.

Jenofonte es el único continuador de Tucídides cuya obra se ha conservado por completo. La Antigüedad le guardó un venerable respeto como lo demuestran los numerosos testimonios que poseemos. Polibio (VI, 45, 1) lo consideró entre los λογιώτατοι τῶν ἀρχαίων συγγραφέων. Cicerón (*De orat.* 2, 55) le dedica palabras como "a philosophia profectus princeps Xenophon Socraticus ille". Le dedican entusiastas elogios Dionisio y Quintiliano e incluso el mismo Burckhart. En los cánones de la literatura su nombre figura tras los de Tucídides y Heródoto. Pero esta aureola de buena fama se vio enturbiada ante la severa crítica iniciada el siglo pasado. En ella se observan dos direcciones: Una que somete su obra a una crítica sobre las fuentes históricas ocupándose de los problemas de autenticidad, cronología, etc. Opiniones de conjunto como historiador en esa línea las hallamos en C. Wachsmuth,⁵ Beloch,⁶ Croiset.⁷ La otra tendencia está representada por la filología alemana que estudia los problemas de composición. Entre ellos Niebuhr,⁸ que adopta una postura de desprecio ante nuestro autor, y W. Nitsche.⁹ Modernamente se han ocupado sobre problemas de cronología Hatzfeld,¹⁰ de Sanctis¹¹ y Maclaren.¹² Además de las despiadadas críticas de Niebuhr hay que añadir las de Eduard Schwartz¹³ y Felix Jacoby¹⁴ que a propósito de Heródoto, Tucídides y Jenofonte afirma que forman una "unnatürliche Trias unserer Literaturgeschichte". Cierto es que Jenofonte es superficial e imparcial. No profundiza en los hechos. Su religiosidad es un tanto pueril por hacer caso de la superstición. Pero en realidad paga las consecuencias de estar a la sombra de Tucídides. Si nos ponemos a comparar a Tucídides y Jenofonte

5. *Einleitung in das Studium der alten Geschichte*, Leipzig, 1895.

6. *Griech. Gesch.* II, 2, Strasburg, 1916, pp. 20 ss.

7. *Xénophon, son caractère et son talent*, París, 1873.

8. "Über Xenophons Hellenika." *Rh. Mus.* I (1827), pp. 194-198.

9. *Über die Abfassung von Xenophons Helleniká*. Progr. des Berl. Sophiengymnasium, 1871.

10. *Rev. Phil.*, 4, 1930, pp. 120 ss.

11. *Ann. R. Scuola Norm. de Pisa*, Ser. 2, 1, 1932, 1 ss.

12. "The Composition of Xenophon's Hellenika". *Amer. Jour. Phil.*, 1934, pp. 121 ss., 249 ss.

13. R. E. *Ephoros*, VI, 1, p. 10: "X. ist kein Geschichtschreiber gewesen und bedeutet für die Entwicklung der historiographischen Formen nichts".

14. R. E. *Herodotos*, Suppl. bd. 2, p. 513.

fonte, quien se lleva la peor parte es el último, porque fácilmente el lector se formula la pregunta: ¿Cómo lo hubiera dicho esto Tucídides?; ¿qué uso hubiera hecho de este material histórico? Lo mismo sucede si consideramos sus aficiones filosóficas al lado de Platón. A Jenofonte hay que acercarse con una mentalidad libre de prejuicios como recomiendan Breitenbach,¹⁵ que da un valor a su obra, o Eduard Delebecque,¹⁶ que estudia su obra paralelamente con la semblanza de su vida.

Es precisamente en su propia obra donde se puede obtener la mayor parte de los datos, ya que lo que nos da la *Suda* es muy incompleto y repite a Diógenes sin entenderlo del todo. Hemos de ver en Jenofonte un polígrafo sin muchas pretensiones, que se sintió seducido por varios campos: estrategia, historia, caza, filosofía, economía.¹⁷ Ante tal diversidad de temas, es muy natural que no profundizara en ninguno de ellos. Lo que le interesa sobre todo son las acciones de los hombres que se distinguen por encima de la masa, vistos desde un ángulo militar-pedagógico. Este mundo es el que le llama la atención, conforme a su personalidad en la que podríamos distinguir tres aspectos fundamentales: una buena dosis de tradición socrática, una experiencia y educación militar, y una complacencia por lo que Esparta significaba. Disconforme con la política de su patria, como otros muchos aristocráticos de su tiempo, puso los ojos en la tradicional y conservadora Esparta.¹⁸ Aquí nos interesa ver a Jenofonte como "historiador", por más que algunos expresen serias dudas por este calificativo. Pero lo cierto es que su obra sigue siendo el mayor archivo de datos de primera mano en la historia de Grecia de esta época. En este aspecto, la obra más representativa es la que lleva por título *Helénicas* (más generalizado que *Παραλειπόμενα* o *Παραλειπόμενα τῆς Θουκυδίδου ἱστορίας*). Jenofonte continúa con un simple *μετὰ ταῦτα* donde su antecesor dejó interrumpida su obra. No hay autopresentación de ninguna clase, costumbre que había sido acogida por Hecateo (*F. Gr. Hist.* 1 F 1), Heródoto (1 *Proemio*) y Tucídides (I, 1). La falta de introducción ha hecho pensar a Schwartz¹⁹ que se habría perdido muy pronto ya que no tenemos noticia alguna. Si a ello se le añade que los dos primeros libros (II, 3, 9) constituyen en su forma estilística y en su actitud histórica una unidad frente al resto de la obra, tendremos una serie de problemas cronológicos. ¿Podría ser que aquí Jenofonte usara dos fuentes distintas, una tucidéida y otra propia? Después del 404, Tucídides, al notar su ancianidad, tras el regreso del exilio sentiría necesidad de un colaborador para terminar su magna empresa o en Scapte Hile en Tracia "l'historien et l'apprenti" (según expresión de Delebecque, *Essai*, 45) habrían podido discutir sus recuerdos, los asuntos políticos entre Esparta y Atenas y los demás problemas de los distintos estados griegos.²⁰ Los libros III y IV están centrados en torno a las campañas de Agesilao, el ídolo de Jenofonte. Los libros V y VII más bien se mueven alrededor de las luchas peloponésico-tebanas. Aquí se muestra claramente partidista en favor de Esparta. Tanto Epaminondas como Tebas

15. *Historiographische Ausschaunsformen Xenophons*. Dissert. in Basel, Freiburg in der Schweiz, 1950, p. 15 ss.

16. *Essai sur la vie de Xénophon*, París, 1857 (con selecta bibliografía).

17. JUAN GIL: *Jenofonte, Económico*, edición, traducción y notas, Madrid, 1967.

18. JEAN LUCCIONI: *Les idées politiques et*

sociales de Xénophon, París, ERWIN SCHARR: *Xenophons Staats- und Gesellschaftsideal*, Halle (Saale), 1919.

19. "Quellenuntersuchungen zur griechischen Geschichte". *Rh. Mus.*, 44, 1889, p. 191.

20. H. R. BREITENBACH: *R E*, IX, A, páginas 1679 ss. (*Xenophon*).

son tratados injustamente.²¹ Su filolaconismo se manifiesta no por callar acontecimientos que podrían ensombrecer la gloria de Esparta sino que más bien narra solamente los hechos concernientes a Esparta.²² Jenofonte siente una especial predilección por poner de relieve las destacadas cualidades personales de los capitanes y políticos que gozan de su aprecio. A ello le da una función panhelénica. Mas Jenofonte no usa su obra histórica como propaganda de una política panhelénica como hizo Isócrates, pero sí que en ciertas ocasiones se vislumbra pálidamente una política filantrópica y solidaria que está rozando con el panhelenismo, especialmente en el Agesilao. En este encomio tuvo ocasión de resaltar abiertamente el panhelenismo que representaba la figura aventurera de Agesilao.

En su obra histórica, Jenofonte nos da una exposición de hechos políticos y militares, pero al mismo tiempo añade una estilización de los hechos para hacer visible un ἦθος, fruto de su marcada tendencia pedagógico-militar. En Tucídides encontramos una clara ideología desde el principio de su obra, motivada por los hechos; en cambio, en Jenofonte la motivación es más bien personal en torno a unos personajes que le interesa poner de relieve como modelo. La estilización a la que recurre Jenofonte no llega al πάθος de Éforo o a la moral de Teopompo.

La *Anábasis* de Jenofonte no es propiamente una obra histórica, sino más bien unas memorias que hacen referencia a unos hechos históricos. Esta obra está en el mismo plano de los *Memorables* si bien aquí aborda el terreno filológico. En las *Helénicas* (III, 1, 2) nos da una referencia de la expedición militar de Ciro el Joven contra Artajerjes, cuya retirada estuvo a sus órdenes, pero señala que el autor es Temistógenes de Siracusa,²³ nombre que en la *Anábasis* jamás aparece. En cambio, el nombre de Soféneto de Estinfalo, que publicó también una *Anábasis* de la que quedan cuatro fragmentos,²⁴ aparece entre los muchos nombres que Jenofonte cita como compañeros de armas. La solución más verosímil de este problema es la dada por Plutarco (*De gloria Atheniensium*, 345 E): el atribuir la composición de la obra a Temistógenes de Siracusa era renunciar su gloria de autor con la finalidad de ganar objetividad. Con un pseudónimo seguramente enmascaró el carácter apologético de su obra. En los dos primeros libros simplemente da una referencia objetiva, es decir, histórica, de la expedición de los griegos, pero a partir del libro III entra el propio Jenofonte en escena adquiriendo la obra un tono autobiográfico. Como rasgo objetivo sigue la tendencia empleada por Tucídides de emplear la tercera persona. César también más tarde usará este mismo procedimiento. Es probable que Jenofonte tomara noticias a medida que se iban sucediendo los acontecimientos, ya que de lo contrario sería sumamente difícil recordar las minuciosidades topográficas, los detalles de las acciones militares, nombres de los caídos, particularidades etnológicas, etc.

En la *Ciropedia* Jenofonte sacrifica la historia para dar cabida a la novela

21. A. MOMIGLIANO: *L'egemonia tebana in Senofonte e in Eforo*, Atena e Roma, 1935.

22. J. P. CLOCHÉ: "Les Helléniques de X. et Lacedémonie". *Rv. étud. anc.*, XLVI (1944), pp. 12-46.

23. W. K. PRENTICE: "Themistogenes of Syracuse, an error of a copist". *Am. Ph.*, 68 (1947),

pp. 73 ss., cree que el pseudónimo de la *Anábasis* es un error del copista. Esta conjetura es muy atrevida y poco convincente.

24. H. ERBSE: *Gymnasium*, 73 (1966), 408-505. Estudia la dependencia de Jenofonte en la redacción de la *Anábasis* contra la que publicó Soféneto de Estinfalo.

pedagógico-filosófica. Algunas ideas socráticas no faltan, claro, pero vistas e interpretadas a través de una persona militar. Esta obra es un cuadro de la antigua Persia con vivos colores de la filosofía socrática, pero teniendo presente siempre el modelo espartano.

Si en las *Helénicas* Jenofonte alaba las cualidades de Agesilao como soldado y como diplomático, ahora en el encomio nos da testimonio de su admiración. Jenofonte exalta las virtudes de Agesilao, pero aunque tenía buena oportunidad para justificar su tendencia laconicista, no se dejó llevar por este camino fácil sino que le convirtió en héroe del helenismo. Tan pronto fue rey, concibió el plan de prevenir la expedición que los persas proyectaban contra Grecia. Naturalmente Jenofonte aseguraba de paso la hegemonía de Esparta sobre Grecia frente al enemigo común. Pero, de todas formas, hay que valorar esta idea política de la unión de los griegos frente al persa, que posteriormente se hizo realidad en Alejandro.

La lengua de Jenofonte no es el puro ático, como se venía creyendo; en cierta manera también apunta la lengua común del helenismo.²⁵ Jenofonte tuvo relaciones con extranjeros y mercenarios procedentes de todo el mundo griego, sobre todo de Esparta y Asia Menor. La ausencia de su patria durante un prolongado período de tiempo sin duda posibilitó abundantes contaminaciones.

En todos los aspectos no encontraremos en Jenofonte el genio, pero sí que con justicia merece la *aurea mediocritas*.

Otro continuador de la historia de Tucídides, además de Jenofonte, es Teopompo, según confirmación de Diodoro (30, 42, 5). Nacido en Quíos hacia el 377, pronto tuvo que huir de su patria junto con su padre Damasítrato acusado ἐπὶ λακωνισμῶν después que Tebas coaligada con Atenas se apoderara de su ciudad, que siempre había sido fiel a Esparta. Regresó a su patria por poco tiempo tras la paz impuesta por Alejandro. Pronto turbulentas luchas le obligaron a emigrar de nuevo hasta encontrar acogida en la corte de Ptolomeo. Su larga vida (100 años según leemos en Focio, Biblioteca cod. 176, pág. 120) fue la de un perpetuo exiliado, lo cual le permitió conocer el mundo heleno que acababa de ensanchar sus fronteras. Sus dotes literarias las puso en práctica a través del largo errabundeo por las diversas ciudades para poder sustentarse. Como orador epidíctico, se granjeó un prestigio panhelénico por sus encomios a Filipo, a Alejandro y a Mausolo. Por este último obtuvo el primer premio otorgado por la princesa caria Artemisa al mejor panegírico en honor de su esposo. Hasta aquí tenemos una visión como orador prestigioso y esto es lo único que recoge la *Suda*.

Ante los múltiples acontecimientos de su tiempo, era natural que su personalidad provista de innumerables experiencias personales se sintiera atraída por la historiografía. En doce libros continuó la obra de Tucídides hasta la batalla de Cnido. A él le han atribuido la paternidad de las *Helénicas* de Oxirrinco como luego señalaremos. Posteriormente escribió Teopompo las *Filípicas*, que eran una historia de Grecia incluyendo Macedonia. Eran los hechos que había vivido en su propia carne después que se cumplió el sueño de Filipo y todos los griegos se sintieron hermanos contra el persa. Pero no se limitó, como Tucídides, a un campo de investigación reducido, sino que lo amplió a todo el mundo entonces conocido: Egipto, Persia y Sicilia. Sus azares en el exilio le

25. Véase el estudio de LEOPOLD GAUTIER: *La langue de Xénophon*, Genève, 1911.

habían convertido en un hombre de mundo y aventurero. En cierto modo, era un cínico cosmopolita.²⁶ No hay que ver en el abandono de la oratoria por la historiografía un cambio importante. A juzgar por los fragmentos el cambio sólo fue formal. En el fondo late el espíritu de un orador nato que no podía sustraerse de las corrientes de su época.

La tradición nos informa que junto con Éforo fue discípulo de Isócrates. Pero no todos los críticos están de acuerdo en la veracidad de tal aseveración. Schwartz²⁷ se muestra un tanto escéptico en las relaciones entre Éforo e Isócrates y no vacila en negar las de Teopompo, atribuyendo esta filiación a una falsa tradición antigua que gustaba establecer relaciones de escuela. Contra Schwartz probó estilísticamente la relación entre Isócrates y Teopompo Kalischer A. E.²⁸ Sin embargo, la teoría de Schwartz la ha seguido Jacoby,²⁹ aunque Murray³⁰ y Gomme³¹ siguen dando fe a la tradición. En realidad, es difícil tomar posición ante la escasez de fragmentos, pero en todo caso Teopompo heredó de Isócrates, al centrar su historia en torno a la figura de Filipo, el concepto de que los grandes personajes son los que hacen la historia. Los que pudieron leer toda su obra revelan que su estilo era ardiente. Así Espeusipo,³² Demetrio³³ y Cicerón, que encuentra en su obra una "elatio atque altitudo orationis".³⁴ Norden³⁵ ve en Teopompo el ἦθος de Demóstenes conjugado con la τέχνη de Isócrates. La disposición política de Teopompo se muestra contraria a las democracias y a sus líderes. Viene a ser como un moderado oligarca que desdeña a Clístenes pero en cambio acepta a Solón. Gomme ve una posible influencia de Teopompo en la Constitución de Atenas de Aristóteles, según testimonio de Porfirio,³⁶ Teopompo más de una vez siguió a Jenofonte. Ello no es inverosímil, dada la cierta afinidad ideológica floespartana que puede sospecharse entre ambos autores. Es muy probable que diera un especial valor a las noticias transmitidas por un filolacónico como Jenofonte. En la manera como trata lo extravagante y lo maravilloso en sus digresiones se acerca a Heródoto. No pone reparos en describir dos ciudades que viven en la edad de oro que, según Nestle,³⁷ no es "como un estado ideal, sino simplemente como una utopía de la tierra de Jauja, como ya la conocía la comedia antigua". Y es que, por otra parte, en estos momentos empezaban a pulular en la historiografía los primeros gérmenes de lo maravilloso y lo fantástico, de tal forma que a la larga los límites entre la historia científica propiamente dicha, las historias salpicadas de elementos imaginativos y la novela iban a derrumbarse.³⁸ Teopompo, al leer a Tucídides seguramente recibió la influencia de la sofística, al valorar algunos hechos históricos amorales, pero más unido se sentía con los socráticos como reaccionarios contra la demo-

26. GILBERT MURRAY: *Greek Studies*, Oxford, 1948, 3.ª ed., 149. (Hay traducción española de José M.ª Gimeno: *Grecia clásica y mundo moderno*, Madrid, 1962.)

27. R. E., artículo sobre Eforo, VI, I, p. 1: "Die Möglichkeit, dass Ephoros Isokrates gehort hat, lässt sich nicht so bestimmt bestreiten, wie sich die Unmöglichkeit erweisen lässt, dass Theopompos jemals in einen persönlichen Schulerhältnis zu Isokrates gestanden hat".

28. *De Ephoro et Theopompo Isocratis discipulis*; Diss. Münster, 1913.

29. 115, T., I Komm.

30. *Op. cit.*

31. *A historical commentary on Thucydides*, Oxford, 1945, I, 46.

32. "Πυνθάνομαι δὲ καὶ Θεοπόμπον παρ' ἡμῶν μὲν εἶναι πανὸ ψυχρόν" *Frag. Gr. Hts.*, 115, T., p. 7.

33. *Frag. Gr. Hist.*, 115, T., p. 44.

34. *Brutus*, 66.

35. *Die Antike Kunstprosa*. Leipzig-Berlín, 1909.

36. Ap. Eus. *Prep. Evang.*, X, 3, p. 465, B-C.

37. *Historia del espíritu griego*, Barcelona, 1961, p. 231.

38. Véase C. MIRALLES: *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968, p. 62 y ss.

cracia. Juzgó a la mayoría de los diálogos de Platón como inútiles y falsos,³⁹ y ello es comprensible dado que pertenecía al partido oligárquico-aristocrático tradicional, que no podía permitir ningún orden social que fuera contra los principios conservadores, aunque más tarde se encaminó en gran manera al programa de una monarquía patriarcal como protección de un orden social, como asegura K. von Fritz.⁴⁰

Las *Helénicas* de Oxirrínco constituyen el fragmento de una historia griega cuyo autor parece seguir fielmente los principios de Tucídides.⁴¹ El texto que poseemos nos ha sido restituido por dos hallazgos diferentes. El primero tuvo lugar en 1906 y Grenfell y Hunt en el mismo año dieron la edición princeps como P. Oxy 842 en el volumen V de los *Oxyrhynchus Papyri*. El contenido se refiere a los acontecimientos del mundo griego comprendidos entre 396-395 a. C. Estos fragmentos históricos en 21 columnas están escritos en el verso de un documento oficial de un tal Arsinoite. Ello facilitó a los editores el trabajo de determinar la posición de los 230 fragmentos que constituyen este hallazgo. Se reconocen dos escribas del siglo II o a lo máximo de primeros decenios del III d. C. El otro papiro, que se halla en la biblioteca del Instituto Papiroológico "G. Vitelli" de la Universidad de Florencia, fue hallado en Oxirrínco en 1934 y publicado por primera vez por V. Bartoletti en *P.S.I. Papyri graeci e latini*, vol. XIII (1949). Contiene unas seis columnas y está escrito en el recto de un papiro cuya cara posterior no fue usada. Los años historiados en este fragmento corresponden al 410-407 a. C., lo cual constituye un dato más para asegurar que es una continuación de la obra inacabada de Tucídides.

El estilo revela una sencillez y una claridad en la dicción, un afán de precisión evitando toda influencia retórica que perjudicara el detalle de la información. A ello va unido una acusada imparcialidad si lo comparamos con Jenofonte. No aparece ningún discurso, aunque no hay que descartar la posibilidad de que sea un hecho fortuito. Se dan figuras preferidas por Tucídides, como la antítesis, la litotes, paréntesis, repetición de palabras y expresiones. Todo da la impresión de una voluntad por narrar el hecho histórico desnudo de artificios retóricos y para resumir diremos con Grenfell y Hunt (ed. princeps, p. 124) que su estilo es "frigid, colourless and verbor". El autor necesariamente ha de ser un continuador de Tucídides por la sencilla razón de que sigue la distribución de los acontecimientos de acuerdo con el conocido sistema cronológico de veranos e inviernos. Esto confirma que estas *Helénicas* fueron escritas antes de finalizar la Guerra Sacra (346 a. C.) y muy probablemente antes de estallar dicha guerra (356 a. C.). Esta historia de Grecia fue una de las principales fuentes que Eforo debió tener en cuenta para el período que Tucídides no pudo escribir.

Desde que se hallaron estos valiosos fragmentos de las *Helénicas* se ha derrochado mucha tinta discutiendo el espinoso problema que plantea quien fue el autor. Parece que los eruditos hayan sentido un *horror vacui* y han intentado todas las posibilidades; pero, de momento, todos los esfuerzos han sido si no inútiles, sí infructuosos. Seguidamente pasamos revista de los pretendidos autores de estas *Helénicas*.

39. Frags. 279-281.

40. "Die politische Tendenz in Theopomps Geschichtschreibung". *Antike und Abendland*, 4, 1954, p. 45.

41. El mejor comentario, I. A. F. BRUCE: *An historical commentary of the Hellenica Oxyrhynchi*. Cambridge, 1967.

A Teopompo le han considerado como posible candidato de la paternidad de las *Helénicas* de Oxirrincó prestigiosos estudiosos como: Grenfell y Hunt, en cuya edición princeps figura el título un tanto tímido *Theopompus (or Cratippus)*, *Hellenica*,⁴² Busolt,⁴³ Meyer,⁴⁴ Wilcken,⁴⁵ Swoboda⁴⁶ y Wilamowitz.⁴⁷ Tal proposición hay que descartarla porque algunos eruditos como Jacoby, Paul Mass y Bruce entre otros han manifestado serias objeciones:

a) De tipo cronológico: Teopompo nació hacia el 377. Sus *Helénicas* estaban divididas en doce libros. Dificilmente antes del 356 habría podido escribir el libro X de su obra correspondiente al año 396-395 conservada en el papiro, si tenemos en cuenta que se dedicó al estudio de la retórica para pasarse posteriormente al cultivo de la historia.

b) Teopompo no debió usar el sistema cronológico de distribución en veranos e inviernos de Tucídides; de lo contrario, Dionisio de Halicarnaso lo hubiera citado en el capítulo 9 de su tratado *Sobre Tucídides*.

c) Porfirio⁴⁸ declara que Teopompo plagia a Jenofonte.

También no pocos eruditos han buscado en Éforo el posible autor de las *Helénicas*. Así Reuss,⁴⁹ Bauer,⁵⁰ Judeich,⁵¹ Walker.⁵² Pero lo más verosímil es que Éforo tuviera en cuenta, al escribir su obra, estas *Helénicas* tal como cree Barber.⁵³ Posteriormente Diodoro copió textualmente a Éforo. Por eso podemos afirmar que las *Helénicas* de Oxirrincó pasan indirectamente a la obra de Diodoro bajo el prisma de Éforo. Éforo no usó el sistema cronológico empleado por Tucídides y además tuvo que escribir bastantes años después estos hechos que debían ser narrados en los libros XVIII o XIX de los treinta que formaban su historia universal.⁵⁴

Quien acertadamente ha tenido la última palabra en la discusión de si Éforo o Teopompo son los posibles autores de las *Helénicas* ha sido Gomme.⁵⁵ Cuando podemos atribuir una obra a dos hombres (Teopompo y Éforo) cuyo temperamento entre sí es tan distinto, significa que dicha obra no es ni de uno ni de otro.

De Sanctis⁵⁶ identifica el autor de las *Helénicas* con el atidógrafo Androción basándose en la restauración del papiro de Londres IV, I ἐτος ὀγδοὺν ἐνειστήχει [ἐν ᾧ Φορμίων ἤρξεν forma que Bloch⁵⁷ rechaza. Además los atidógrafos jamás emplearon el sistema cronológico de inviernos y veranos, sino según los arcontados.

Por otra parte, Jacoby⁵⁸ postuló como autor del papiro al beocio Daimaco de Platea, ya que a pesar de que no conocemos el título de la obra de este

42. En *Oxyrhyncei Papyri*, V, 110-242, Londres, 1908.

43. *Hermes*, XLIII, 1908, pp. 255 ss.

44. *Theopomps Hellenika*, Halle, 1909 (1966^o).

45. *Hermes*, XLIII, 1908, pp. 475 ss.

46. *Klio*, X, 1910, pp. 315 ss.

47. "Die griechische Literatur des Altertums", *Die Kultur der Gegenwart*, 1, 8, p. 116.

48. Ap. Eusebio. *Praep. Evang.*, p. 465, B-C. Véase también *F. Gr. Hist.*, 115, F., p. 21.

49. *Jahresbericht über die Fortschritte der klass. Altertumwiss.*, CXLII, 1909, pp. 36-41.

50. *Wiener Studien*, XXXII, 1910, páginas 296-314.

51. *Rhein. Mus.*, LXVI, 1911, pp. 94-139.

52. *The Hellenica Oxyrhynceia, its Authorship and Authority*, Oxford, 1913.

53. *The historian Ephoros*, Cambridge, 1935.

54. *A historical Commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1945, p. 49.

55. *Hist. comm.* I, 80 y ss.

56. *Atti Accad.*, Torino, XLIII, 1908, 331-56; posición defendida por MOMIGLIANO: *Atti Acad.*, Torino, XLVI, 1931, pp. 29-49.

57. "Studies in Historical Literature of the Fourth century b. C.", *Athenian to W. S. Ferguson*, H. S. C. P., supp., vol. I, 1940, pp. 303-41.

58. *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*, 1924, 13-18 y C Q, XLIV, 1950, pp. 1-8.

autor, su nombre figura entre Calístenes y Anaxímenes en Porfirio como uno de los autores que fue plagiado por Éforo. Esta tesis que propone Jacoby es bastante verosímil, pero no puede ser ni justificada ni desmentida. Sabemos que Éforo hizo uso del papiro para narrar los años que contiene, pero no sabemos si lo plagió. Por otro lado, no sabemos tampoco con certeza si Daimaco trató el mismo período de tiempo que el papiro.

Desde que aparecieron los primeros fragmentos de las *Helénicas* de Oxirrínco siempre los críticos se han visto tentados a atribuirlos a Cratipo. Grenfell y Hunt escépticamente las atribuyeron a Teopompo, mas sin descartar la posibilidad de Cratipo. Por esto dieron su nombre entre paréntesis. Cratipo siempre ha tenido un buen número de partidarios. Ello es debido a que Cratipo en realidad sólo es un nombre para el que los estudiosos aún no han encontrado una hornacina en la literatura griega. Veamos algunas de las diversas opiniones:

A) El criterio más común asegura que fue contemporáneo de Tucídides aceptando la noticia de Dionisio de Halicarnaso (*De Thuc.*, 16) ὁ συνακμάσας αὐτοῖσι καὶ τὰ παραλειφθέντα ὑπ' αὐτοῦ συναγαγών. Así Walker,⁵⁹ Mess⁶⁰ y Herbst.⁶¹

B) Como un desconocido editor de la guerra del Peloponeso según cree Schmid.⁶²

C) Como un autor de la época helenística y editor de Tucídides y Teopompo, según sostiene Müller.⁶³

D) Como un autor del siglo III que en su obra se hacía pasar por un contemporáneo de Tucídides. Schwartz⁶⁴ lo considera un falsario que con la máscara de contemporáneo del gran escritor tuvo tal fortuna que logró engañar incluso a Dionisio de Halicarnaso y a Plutarco. A Schwartz le sigue Jacoby por el hecho de que Diodoro no le cita ni una sola vez.

Ante tal diversidad de opiniones sobre la paternidad de las *Helénicas* de Oxirrínco, Bartoletti, en su edición en la Teubner aduce todos los testimonios que podrían confirmar a Cratipo como su autor, pero al final no se atreve a asegurarlo y vacila entre Cratipo y un anónimo. Del mismo parecer es Bruce.⁶⁵ Cratipo en realidad es un nombre que no sabemos dónde colocarlo, pero sigue intrigando a los estudiosos.⁶⁶

En conclusión, ante tal número de pretendientes de los fragmentos que poseemos de las *Helénicas*, lo más ortodoxo es creer en el anonimato, ya que si descartamos a Éforo y Teopompo, predicar en favor de Cratipo o de Daimaco de Platea, de los que no sabemos casi nada, es lo mismo que hablar de π como con gran agudeza ha señalado Gomme.

Éforo de Cumas, según la tradición, fue discípulo de Isócrates. A él le debemos una historia de treinta libros que fue muy leída en la Antigüedad, pero de ella sólo tenemos escasos fragmentos y noticias de segunda mano (Diodoro, Estrabón, Polibio). Nacido en los primeros decenios del siglo IV, debió escribir la mayor parte de su obra en el intermedio de Mantinea y la aparición de Filipo. En este período reinó el desconcierto y la turbación ya que no era previsible

59. *Class Review*, 22, 1908, p. 87.

60. *Rhein. Mus.*, 63, 1908, p. 370.

61. *Philol.*, 49, 1890, p. 171.

62. *Philol.*, 49, 1890, p. 25; 52, 1894, página 110; 60, 1901, p. 115.

63. *Fr. Hist., Gr.*, II, p. 78.

64. *Hermes*, XLIV, 1909, pp. 496-502.

65. *An historical commentary of the Hellenica Oxyrhyncea*, Cambridge, 1967.

66. GOMME: "Who was Kratippos?" en *C. Q.*, XLVIII, 1954, pp. 53-55.

una hegemonía estable. Una idea de esta confusión nos la dan las últimas líneas de las *Helénicas* de Jenofonte. Éforo, en cierta manera, pagó las consecuencias de escribir su obra en una situación crítica. Su estilo carece de vivacidad y color; para muchos su mérito simplemente consistió en compilar una serie de datos históricos sin darles un criterio directivo. Por esto no debió ser muy difícil a su hijo Demófilo confeccionar el trigésimo y último libro de su obra inconclusa hasta la segunda Guerra Sacra, una vez reunido el material. No siguió un método analítico, como Tucídides, porque en una historia universal, teniendo en cuenta el material disponible, seguramente no era posible o porque quizá veía los capítulos de su historia en bloque; pues hay que tener presente que es el primer autor de la Antigüedad del que tenemos noticias que dividió él mismo su obra en libros y que cada libro iba precedido de un proemio (Diod., II, 1, 4). Seguramente, como apunta Momigliano,⁶⁷ Éforo vio la historia griega sin una grandeza en perspectiva y ello se refleja en su obra. A esto hay que añadir la poca vivacidad de su carácter, si es cierta la noticia que nos transmite Cicerón⁶⁸ de que Isócrates “solía espolear a Éforo y tirar de la rienda a Teopompo, porque contenía a uno que traspasaba todos los límites de la audacia de sus expresiones, y estimulaba al otro, que era tímido y dubitativo”. Éforo debió vivir el problema isocráteo de la hegemonía en el terreno de la historia sin poder sustraerse a los principios morales de la ciudad porque le faltaba la energía de un Teopompo o incluso de un Jenofonte para llevar una vida aventurera. Según Éforo (Diod., VII, 12, 8) la constitución de Licurgo aseguró a Esparta 400 años de estable hegemonía, pero esta antigua ἀγωνή fue trastornada por Pausanias en la segunda guerra médica. La hegemonía de Atenas se explica por los gloriosos días de la democracia moderada. La solución hubiera sido conciliar Esparta y Atenas, pero en la práctica era difícil de casar la constitución de Licurgo con la democracia ateniense. La concordia y la mesura en las relaciones con los otros Estados podía ser un remedio, pero pasajero.

Tebas no pudo alzarse como rival de Atenas porque carecía de ἀγωγή y de παιδεία (frag. 119 = Estrabón, IX, 22). El caso excepcional de la fugaz hegemonía de Tebas era explicable por las cualidades excelentes de unos pocos hombres tebanos: Pelópidas y Epaminondas. En tales circunstancias compuso Éforo su obra. El rumbo de la historia de Grecia había perdido por unos años el timón.

Schwartz⁶⁹ afirma que la obra de Éforo pronto cayó en el olvido hasta la época de Polibio, pero en realidad parece ser que en toda la Antigüedad gozó de un reconocido prestigio. Naturalmente, al lado de Tucídides es pobre y superficial. El carácter de investigador que Tucídides reveló en la arqueología es insospechado en Éforo. Si Tucídides era un hombre de estado y un militar con experiencia, Éforo era un simple rétor. Y éste es el único reproche que recibió de Polibio (XII, 25), ya que en los demás aspectos es objeto de su admiración. La idea que tenemos de la historia de Éforo nos la da Diodoro, un tanto descuidado en su cronología y compilador de poca altura. Esto perjudica la impresión que tenemos de Éforo. Gomme,⁷⁰ siguiendo a Schwartz, ve una prueba de su escaso valor científico en su pesada influencia, precisamente después del

67. *Rev. Fil. ed Istr. Class.*, 1935, XIV, pp. 180 ss.

68. *De oratore*, III, 4.

69. *RE*, VI, p. 2 y ss.

70. *Op. cit.*

siglo III, momento de decadencia en cuanto a la crítica y al pensamiento científico y al ser considerado una autoridad de primera fila por Diodoro, Pompeyo Trogo y otros escritores de anécdotas históricas. Pero contra esta opinión generalizada hay que notar junto con Beloch que ya antes halló continuadores en Diilo y Praon de Platea del siglo III.

Hay que reconocer en Eforo el innegable mérito de haber compuesto una *Historia Universal* después de Heródoto. Comprendió que la geografía era algo distinto de la historia a la vez que su complemento. Por esto consagró una parte considerable de su obra a esta disciplina, sin las interferencias que se dan en la *Historia* de Heródoto. Este apartado de su obra influyó posteriormente en Estrabón. Eforo no creyó oportuno iniciar su historia partiendo de la mitología. Su punto de arranque es la invasión de los dorios; interpretó los hechos míticos con criterios racionalistas.

Otro historiador del que conservamos escasos fragmentos es Calístenes de Olinto. Fue sobrino y discípulo de Aristóteles en filosofía y retórica. Escribió unas *Helénicas* que empezaban en la Paz de Antálcidas y que interrumpió en la guerra de Focea para participar en la expedición de Alejandro hacia Asia. Inmediatamente se puso al servicio de los ideales macedónicos teñidos de panhelenismo describiendo los grandes acontecimientos de Alejandro de los cuales era un testigo presencial. Su obra fue un panegírico con acentuado énfasis dedicado al que había de dar un nuevo rumbo al mundo helénico. Pero al serle exigido que prestara honores divinos al joven rey entusiasmado en sus victorias, expresó su franqueza resistiéndose a tales exigencias que un griego no podía soportar. Su oposición le costó la vida (327).

Escribió su obra siguiendo las líneas generales de su época, sometiéndose a la retórica. Por eso los críticos posteriores le censuran por su ampulosidad en el lenguaje por más que fuera correcto en las descripciones de las operaciones militares que había presenciado. A pesar de sus deficiencias gozó de gran prestigio en la Antigüedad. Su obra ejerció notable influencia en las posteriores obras que se escribieron en torno a las expediciones de Alejandro por sus fabulosas descripciones que pronto iban a ser las delicias del público aficionado a las lecturas históricas.

También Tebas en su efímero esplendor tuvo algunos historiadores como Dionisidoro, Anaxis y Cefisidoro, pero son simples nombres de los que apenas conservamos fragmentos como tantos otros historiadores de este siglo. Así Heráclides de Cime, León de Bizancio, entre otros.

Un historiador que interpretó la historia en dependencia con los tiempos antiguos fue Anaxímenes de Lampsaco. Escribió unas *Helénicas* que se remontan a los primitivos tiempos de la Teogonía hasta llegar a la batalla de Mantinea. Su obra parece que fue muy fecunda, extendiéndose a la retórica. Escribió *Filípicas* y una *Historia de Alejandro*.

La atidografía

Atthis es el nombre que recibió la analística en Atenas. Este género siguió su camino propio al lado de la historiografía. Se trataba de recoger material documental y ordenarlo analíticamente. Este trabajo se debía basar en la consulta de archivos e inscripciones. Este género tiene su analogía en la historia

de Roma en las *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, de Varrón, obra que refleja una erudición histórico-cultural y teológica. La concisión hacía renunciar al preciosismo de la retórica; por ello este género debía tener escaso valor literario. La atidografía representa una mirada retrospectiva hacia el pasado. En esta tendencia de recordar el antiguo culto religioso se nota una voluntad de restaurar la religión de los antepasados e interpretar los mitos, los dioses y las hazañas de los héroes aportando toda clase de detalles topográficos a guisa de una novela histórica. El interés por la Atthis seguramente es fruto de un deliberado conservadurismo político-religioso que soñaba y aspiraba a la grandeza de la constitución de los padres. Al fin y al cabo, el pasado glorioso era el ideal del siglo iv. Los escasos fragmentos que de esta literatura se han conservado revelan un estudio cuidadoso, un verdadero afán por el detalle. Isócrates en el Areopagítico, al hacer alusión al esplendor de los devotos festejos religiosos y al culto divino de los "tiempos mejores" frente a la frivolidad y degeneración de las fiestas de su época, probablemente tuvo presentes los primeros rudimentos del nuevo género de la Atthis.⁷¹ A la atidografía deben mucho Aristóteles, Plutarco y los peripatéticos. Asimismo debían ser datos preciosos aprovechados en los escolios de Aristófanes.

El primer autor que encabeza esta serie de cronistas fue Helánico. Pero aún no empleó el nombre de Atthis como comprobamos en Tucídides, I, 97, 2, ἐν τῇ Ἀττικῇ ξυγγραφῇ. Clidemo, o mejor Clidemo, como atestiguan las inscripciones, seguramente ya empleó este término; pues Pausanias (X, 15, 5) le menciona con omisión de Helánico (ὅποσοι τὰ Ἀθηναίων ἐπιχώρια ἔγραψαν). Como un nombre oficial lo encontramos en Apolodoro y Estrabón (V, 221, IX, 392, οἱ τὴν Ἀτθίδα συγγραψαυτες). El nombre de Atthis es un hipocorístico de Ἀθηναίς, formación corriente ya en el siglo v, como Ἀσωπῆς, Ἀτλαντῆς, Φορωνῆς. La atidografía se desarrolló sobre todo en los siglos iv y iii. Como representantes recordaremos los nombres de Clidemo, Androción, Fanodemo, Demón, Filócoro y Melantios.

La *Atthis* de Clidemo parece que fue el libro por excelencia de la Antigüedad por contener la historia primitiva con descripciones topográficas de la ciudad. La importancia que debía tener por los detalles acerca del pasado mítico lo asegura el título que recibe dos veces de πρωτογονία.

Otro atidógrafo notable fue Androción. Educado en la escuela de Isócrates como otros políticos de la época, llevó una vida política muy activa que le enfrentó con Demóstenes. Al final tuvo que refugiarse como exiliado en Mégara donde compuso su *Atthis*, que seguramente constaba de diez libros. El hecho de que un discípulo de Isócrates se dedicara a la atidografía responde a un interés por las realidades políticas del pasado de Atenas. Su obra la usó Aristóteles en la Constitución de Atenas (frag. 40, 6, 10).

El historiador local Fanodemo Ad. Wilhelm⁷² lo identificó con el nombre atestiguado en una inscripción⁷³ como miembro del consejo e hijo de Diilo. Esta inscripción del año 343/42 nos permite asegurar que su nacimiento fue hacia el 373. Por sus buenos consejos a Atenas fue recompensado con una corona de 500 dracmas, pero su centro de interés no era la política, sino más bien el culto y la religión, como nos lo demuestran otras inscripciones que se corresponden con

71. JAEGER: *Paidea*, México, 1962, p. 907.

72. *Anz. d. Wiener Akad.*, 1895, 45.

73. I. G., II, 223 = Sylloge, 227.

las noticias que tenemos de su obra. Tenemos testimonios del título de su *Atthis* parafraseada como *αττική αρχαιολογία*. Parece que estaba compuesta por nueve libros. El carácter de esta crónica era como las demás, pero haciendo especial hincapié en el culto y buscando correspondencias en los mitos, algo así como una etiología de lo sagrado.

*La historiografía siciliana*⁷⁴

El afán por historiar los sucesos acaecidos en el Occidente del mundo griego se inició a finales del siglo v con Antíoco de Siracusa, si con Jacoby⁷⁵ negamos la primacía a Hipis de Regio según noticias transmitidas por la Suda.⁷⁶

El siglo iv tuvo como principal representante a Filisto de Siracusa, que cuando niño debió presenciar el gran asedio de la ciudad por los atenienses. Vivió entre el 430 y 356. Fue un defensor y adulador de los tiranos de Siracusa como subraya Cicerón (*De orat.*, II, 57, "familiarissimus Dionysii tyrani"). Pero al final cayó en desgracia y tuvo que ir al exilio, donde escribió su obra (*Περὶ Σικελίας*) en la que hay que distinguir dos partes ("duo corpora" según Cicerón en *Ad Quintum fratrem*, II, 2, 4). En la primera parte, formada por siete libros, historió unos 800 años hasta la caída de Acragante (405 a. C.). De la segunda parte dedicó cuatro volúmenes a Dionisio I y dos a Dionisio II. Su obra fue continuada por Atanis de Siracusa según testimonios de Diodoro (XV, 94, 4). Dionisio de Halicarnaso (*De imit.*, III, 2) asegura que Filisto, por imitar a Tucídides, dejó su obra sin terminar. De hecho, los fragmentos que poseemos son tan poco significativos que no permiten juzgar su personalidad ni controlar las aseveraciones de los antiguos. Algunos lo consideran como un imitador de Tucídides. Pero Cicerón nos confirma que fue un Tucídides en miniatura ("Siculus ille capitalis, creber, acutus, brevis, paene pusillus Thucydides", *Ad Quintum fratrem*, II, 2, 4). Igualmente Quintiliano (*Inst. orat.*, X, 1, 74) nos dice que fue "imitator Thucydidis et ut multo infimior ita aliquatenus lucidior".

Otros historiadores sicilianos que prácticamente son meros nombres debido a la escasez de fragmentos que poseemos son Timoleón, miembro de la Academia, y Hermias de Metimna.

Vemos que la historiografía del siglo iv, si exceptuamos a Jenofonte, se reduce a fragmentos que no nos permiten tener una idea perfecta de su evolución. Las generaciones que vivieron el período de tiempo comprendido entre el fin de la guerra del Peloponeso e inicios de la época helenística estaban sumidas en graves problemas de índole política. No comprendían claramente dónde estaba su norte. Los teóricos políticos hallaron su ocasión propicia para montar sus teorías más o menos utópicas al compás de los sucesos. Estos teóricos políticos eran filósofos o bien oradores. De aquí que se esfumara la historiografía esencialmente política creada por Tucídides. Sus imitadores, a pesar de sus esfuerzos, no llegaron a la altura del maestro. Es que la Paidea de esta época, como ha

74. Para este capítulo es valioso el libro de GAETANO DE SANCTIS: *Ricerche sulla storiografia siceliota*, Palermo, 1958.

75. *F. Gr. Hist.*, 555.

76. G. DE SANCTIS: *op. cit.*, pp. 1-8, afir-

ma que se trata de una falsificación análoga a tantas otras pitagóricas. En oposición a Jacoby, DE SANCTIS tras un minucioso análisis de los fragmentos asegura que Hipis corresponde al siglo v.

señalado Jaeger, era la retórica, que como enseñanza profesional se propuso educar a monarcas y hombres de estado. La retórica se convirtió en un hábito mental imprescindible en toda discusión. Esta situación representa el resultado culminante de la sofística. La retórica no se desinteresó de la historiografía ni mucho menos. Lo que pasa es que la acepta a manera de paradigma porque la historia era una fuente de experiencia política. Los ejemplos históricos constituían un sugestivo material utilizable para la argumentación. La historia era un estímulo sugeridor de criterios. Pero pronto los criterios iban a dominar a la historiografía. Aquí conviene resaltar una vez más el peso del gran publicista y ensayista que fue Isócrates. Aunque algunos le niegan su influjo directo en la historiografía, hay que reconocer que sus ideas flotaban en el ambiente. Teopompo y Éforo, directa o indirectamente, estuvieron en relación con el círculo isocrático y ampliaron aquellos tenues acentos retóricos que hallamos en Tucídides.

A pesar del lastre que podría representar el peso de la retórica y las ideas educadoras por viciar y corromper el sentido crítico y científico, el balance de la historiografía en este siglo arroja algunos datos positivos como ha señalado Murray: ⁷⁷ La historia ha de ser universal y no local, a pesar de la atidografía, que en realidad son simples crónicas. Las ideas filosóficas pusieron de manifiesto que la historia era un inventario de los hechos de toda la humanidad. Es significativo que Éforo titulara su obra *ιστορία κοινῶν πράξεων* (*Historia de los hechos comunes*). Ello en cierto modo significa la superación de los estrechos límites de la polis que se iba a realizar muy próximamente.

En cuanto a los métodos de investigación no podemos valorarlos exactamente por el estado fragmentario de las obras. Pero la tradición nos asegura que Éforo consultó pacientemente todas las fuentes que estaban a su alcance en sus extensas lecturas. Teopompo realizó largos viajes que le permitieron disponer de una gran cantidad de datos para sus *Philippica*.

La geografía, que siempre tuvo gran importancia en la historiografía griega, ahora puntualizó aún más su exactitud y precisión. Éforo introducía explicaciones geográficas siempre que lo consideraba oportuno. El errabundeo de Teopompo por las ciudades del mundo helénico representa toda una autoridad. Por esto los autores posteriores, que se dedicaron a la geografía, les citan con frecuencia.

Frente a la atidografía, que valoraba lo mítico y lo legendario, la historiografía consideró sin valor lo inverificable. El hecho de que Éforo despreciara el legado legendario anterior a la invasión de los Heráclidas es una valiente posición crítica.

77. *Grecia clásica y mundo moderno*, Madrid, 1962, p. 158 y ss.